

Cuido, ergo sum

Jorge Úbeda
jorge@transfilosofia.com

Así como lavarnos las manos con frecuencia, cubrir dos tercios de nuestra cara con mascarilla, mantener la distancia física con los demás y colaborar con el sistema sanitario parece contribuir al cuidado de uno mismo y de los otros, el esfuerzo por no desistir de la funesta manía de pensar antes que obedecer, de examinar las propias certezas antes que asumir las que pululan por doquier y de contrastar las supuestas mentiras -académicamente llamadas posverdades- con las raras y escasas verdades que se esconden, como pequeñas joyas, en la almoneda informativa, en definitiva, la ilustrada tarea de pensar por uno mismo también parece ser uno de los modos, sino el más eximio por humano, de cuidarse y de cuidar a los otros.

El lenguaje, desván de usos y significados que siempre podemos desempolvar para trastear en sus tesoros, nos ofrece una pista productiva de esta analogía, pues en nuestro español el verbo *cuidar* tiene un parentesco directo con aquel *cogitare* latino que modificó el curso de la filosofía y la vida de René Descartes. Bien podría haber dicho el padre de la modernidad *Cuido, luego soy* si entre sus habilidades se contarán la de la hablar castellano, aunque no debía ser de su interés ya que, siendo francés y católico de familia, decidió alistarse en los ejércitos que luchaban contra los tercios del Duque de Alba. Manteniéndose en el latín, Descartes consideraba que un uso adecuado de nuestro entendimiento, que era la cosa mejor repartida del mundo, podría traer como fruto deseado la paz, tan necesaria en tiempos de guerras religiosas, pues fundaría una nueva república sobre cimientos ciertos e indubitables. Cuidar uno mismo de su propia razón debía tener, según el sabio francés, un efecto directo en la construcción de la paz, que no puede ser patrimonio exclusivo del terruño interior de cada uno, si no un bien común, tan frágil e improbable como *humus* necesario de una vida buena, para todos.

No obstante, Descartes se equivocaba en la ilusión, fundada sobre el supuesto de que podemos acceder a certezas inmovibles, de que un buen uso de la razón acabara con las opiniones diversas y encontradas. Aunque muchos, quizá demasiados de nuestros conciudadanos crean vivir y expresarse conforme a verdades y principios absolutamente claros y distintos, una pequeña conversación animada por preguntas oportunas muestra que tales verdades y principios son, como mucho, probables y que se deberían someter a algún tipo de prueba, argumentación y escrutinio. Descartes soñaba con la ilusión de la unidad de una república fundada sobre ideas ciertas, pero tal república no ha llegado y dudo mucho que, incluso, sea deseable.

Soñar tal unidad conjuga regular con una comprensión de la razón como cuidado. Uno de los primeros descubrimientos que podemos hacer de nosotros mismos como seres que piensan, es que no podemos hacerlo más que desde una situación singular, un contexto determinado, una lengua y una perspectiva. Ninguno de nosotros podemos tener una visión omniabarcante de la realidad en sus detalles más ínfimos, en sus relaciones más complejas y en sus conexiones causales más remota. Muchos, sin embargo, hablan -y, quizá, piensan- como si hubieran alcanzado tal visión y nunca trufan sus opiniones con moderadores como *“desde mi perspectiva”*, *“quizá se podría ver desde otro lado”*, *“en lo que se me alcanza”*, sino que se muestran y expresan como si todos tuviéramos que entender lo mismo de la misma manera, so pena de ser tildados de estúpidos o mal informados. Pensar como cuidado significa, en primerísimo lugar, tomarse a uno mismo como una visión singular sobre lo real que coexiste con otras muchas con las que suele disentir en más ocasiones de las que está de acuerdo.

El reconocimiento de uno mismo conlleva el reconocimiento de los otros en su singularidad y en su perspectiva, lo que no significa que el modo de relacionarnos con las visiones de los demás sea desde la tolerancia o desde el más convencional relativismo. El reconocimiento del otro debería situarnos en el campo de juego del pluralismo -seres humanos singulares, indefinidas visiones sobre la realidad, muchas opiniones en conflicto- como algo insuperable de nuestra condición humana. Pensar también consiste en aprender a vivir en esta realidad plural y para ello necesitamos mirar y escuchar mucho, hablar con verdad -la que cada uno puede alcanzar- y respeto -porque la verdad que uno alcanza no es la única-, estar verazmente informado -y, por ello, preferir conocimientos probados y rigurosos a paparruchas ingeniosas- y ser paciente, porque llegar a acuerdos que nos permitan vivir juntos es una tarea de resultados frágiles, en permanente revisión y que no acaba nunca.

Si pensar es cuidar, tal como lo hemos descrito, ¿no consistirá en hacernos responsables de nuestras propias verdades antes de echárselas encima a los demás? ¿No será tratar de ofrecer a los otros las razones de nuestra propia visión y esperar que el otro haga lo mismo? ¿Podemos soñar, al contrario que Descartes, en un mundo de verdades plurales en el que sean posibles los acuerdos, la acción común y la concordia? Miro con melancolía el futuro de la razón como cuidado de lo plural, en medio de una sociedad en la que se multiplican las consignas, los partidismos excluyentes, las visiones parciales con pretensiones hegemónicas, los bulos sin fin y un larguísimo etcétera que muestran, quizá, un injusto malestar con el pluralismo y una cierta derrota de la razón.